

Jaurès
León Trotsky
9 de enero 1909

(Versión al castellano de Vicent Blat desde “*Jaurès*”, en *León Trotsky-Les Oeuvres-MIA*. Publicado *Kievskaya Myst*, número 9, 9 de enero de 1909)

Por encima de la política francesa moderna dominan dos figuras: Clémenceau y Jaurès. No sería difícil explicar cómo Clémenceau encontró en el fondo de su tintero de periodista el medio que finalmente le permitió liderar los destinos de Francia. Este radical “intransigente”, este espantoso asesino de gobiernos ha demostrado ser en la práctica el último recurso político de la burguesía francesa: ha “nombrado caballero” a la autoridad de la bolsa de valores arrojándola con la bandera y la fraseología del radicalismo. En este caso todo está claro hasta el último detalle.

¿Pero qué hay de Jaurès? ¿Qué le permite ocupar un lugar tan prominente en la vida política de la república? ¿La fuerza de su partido? Sin duda, fuera de su partido, Jaurès sería inconcebible, pero no puede descartarse la impresión (sobre todo si se mira a Alemania) de que el papel de Jaurès ha superado las verdaderas fuerzas de su partido. ¿Cómo se explica esto? ¿Por la fuerza de su personalidad? El encanto personal puede ser una forma satisfactoria de explicar los acontecimientos dentro de los confines de una sala de estar o de un tocador, pero en la arena política las personalidades más “titánicas” siguen siendo los órganos ejecutivos de las fuerzas sociales.

La solución al enigma del papel político de Jaurès reside en la *tradición revolucionaria*.

¿Qué es la tradición? La pregunta no es tan simple como parece al principio. ¿Dónde anida: en las instituciones financieras? ¿En la conciencia individual? A primera vista parece estar en ambas partes. Sin embargo, después de examinar esto, resulta que está en un lugar más profundo: en la esfera del inconsciente.

Durante un período conocido, los acontecimientos revolucionarios llevaron a Francia a saturar su atmósfera con sus ideas, bautizar sus calles con sus nombres y reproducir su triple lema en las paredes de los edificios públicos, desde el Panteón hasta la prisión. Pero los acontecimientos, en la interacción implacable de sus fuerzas internas, revelaron todo su contenido, la última ola se elevó y luego se retiró; reina la reacción. Con incansable obstinación borró de la conciencia colectiva todos los recuerdos, las instituciones, los monumentos, los documentos, el periodismo, el lenguaje cotidiano y (lo que es más sorprendente) de la conciencia colectiva. Hechos, fechas y nombres también han sido olvidados. Imperan el misticismo, el erotismo y el cinismo; ¿dónde están las tradiciones revolucionarias? Desaparecieron sin dejar rastro... Pero algo imperceptible sucedió, algo comenzó, algo extraño sopló a través de la atmósfera de Francia; los olvidados volvieron a la vida y los muertos resucitaron. Y las tradiciones revelan todo su poder. ¿Dónde se escondían? En las misteriosas profundidades del inconsciente, en algún lugar de los extremos de los nervios expuestos al tratamiento histórico, que ningún decreto puede derogar o suprimir. Así, a partir de 1793, se desarrollaron 1830, 1848 y 1871.

Estas tradiciones son imponderables y etéreas, pero se convierten en un factor real en la política porque son capaces de adquirir forma humana. Incluso en los peores días de su caída, el espíritu del proletariado francés, destrozado por facciones y sectas,

se erguía como una sombra alarmante sobre los padres oficiales de la patria. Por eso, la influencia política inmediata de los trabajadores franceses siempre ha sido más importante que el nivel de su organización y su representación parlamentaria. Y esta fuerza histórica, que va de generación en generación, es lo que hace a Jaurès tan poderoso.

Pero este Jaurès (el portador del patrimonio) no es todo Jaurès. Nos muestra otra cara, la de un parlamentario de la tercera república. ¡Un parlamentario de los pies a cabeza! Su mundo es el del pacto electoral, el foro parlamentario, la pregunta, las justas oratorias, los acuerdos entre bastidores y los compromisos, a veces equívocos. Un compromiso contra el que las tradiciones y los objetivos del mismo modo (pasado y futuro) podrían protestar rápidamente. ¿Dónde está el nudo psicológico que conecta estas dos caras?

“El hombre práctico [dice Renan en un artículo sobre Victor Cousin] debe estar en la base. Si tiene metas altas, sólo lo engañarán. Por esta razón las grandes personalidades sólo participan en la vida práctica con sus defectos y pequeñas cualidades”. En estas palabras de un epicúreo contemplativo y escéptico espiritual, no es difícil encontrar la clave de las contradicciones de Jaurès (por supuesto que no tenemos aquí una calumnia maliciosa para el hombre en general, sino para Jaurès en particular). Toda vida es práctica, creación y acción. Las “metas elevadas” no pueden inducir a error porque son sólo sus órganos y la práctica siempre conservará su control supremo sobre ellas. Decir que el hombre práctico (es decir, el *hombre social*) debe ser necesariamente bajo, sólo significa exponer el propio cinismo moral temiendo conclusiones prácticas y ahogándose en consideraciones idealistas.

Jaurès destruyó la calumnia de Renan contra el hombre por toda su estatura moral. Un idealismo eficaz lo guía incluso en sus pasos más arriesgados.

En los días más oscuros del millerandismo (1902) tuve la oportunidad de ver a Jaurès en la tribuna junto a Millerand, mano a mano, aparentemente atados por una completa unidad de objetivos y medios. Pero un sentimiento inolvidable me dijo que estaban separados por un abismo infranqueable: ese entusiasta hasta el extremo, desinteresado y ardiente y ese frío y calculador profesional parlamentario. Hay algo irresistiblemente convincente, una especie de sinceridad atlética en su voz, cara y gestos.

En la tribuna parece inmenso, pero es más pequeño que el tamaño medio. Es fornido, con la cabeza bien asentada sobre el cuello, con expresivos pómulos “danzarines”, la nariz hinchada cuando habla totalmente preso del fluir de su pasión, aparentemente pertenece al mismo tipo humano que Danton y Mirabeau. Como tribuno es incomparable y no tiene comparación. No hay en sus palabras ese fino refinamiento a veces irritante con el que Vandervelde brilla. No puede compararse con la lógica implacable de Bebel. La ironía cruel y venenosa de Victor Adler es extraña para él. Pero en temperamento, pasión y espíritu es igual a todos ellos.

El ruso de nuestras estepas negras podría decir a veces que los discursos de Jaurès no son más que retórica oratoria artificial falsamente clásica. Sólo sería un testimonio de la pobreza de nuestra cultura rusa. Los franceses poseen una técnica oratoria, una herencia común que adoptan sin esfuerzo y fuera de la cual son tan inconcebibles como un “hombre respetable sin su traje”. Cada francés que se expresa habla bien. Es aún más difícil para un francés ser un gran tribuno. Pero Jaurès sí. No es su rica técnica, ni la inmensa y milagrosa resonancia de su voz, ni la profusión de sus gestos, sino la ingenuidad casi genial de su entusiasmo lo que lo acerca a las masas y lo hace lo que es.

Pero nos hemos alejado de nuestro tema: cuál es el nudo psicológico que une a Jaurès, como heredero de la tradición prometeica, con un parlamentario.

¿Qué es Jaurès? ¿Un oportunista? ¿O un revolucionario? Ambos (dependiendo del momento político), y también está dispuesto a llegar a los extremos en cada dirección. Siempre está dispuesto a “coronar la idea con la corona de la ejecución”.

Durante el caso, Dreyfus Jaurès dijo: “quien no tome la mano del verdugo que pesa sobre su víctima se convertirá en cómplice del verdugo”, y, sin estimar el resultado político de la campaña, se lanzó a la corriente de los “dreyfusards”. Su maestro, amigo y antagonista irreconciliable, Guesde, le dijo: “Jaurès, te quiero porque en ti el acto siempre sigue el pensamiento”.

“Cada época cree [escribe Heine] que su propia lucha es más importante que cualquier otra cosa. En esto consiste la fe en una era y en esta fe vive y muere...”

En Jaurès hay algo más allá de la fe de su tiempo: tiene el espíritu del momento. No mide las combinaciones de políticas transitorias en la gran mayoría de las perspectivas históricas. Está completamente aquí en la adversidad del día. Y en la práctica diaria no teme contradecir su gran propósito. Gasta pasión, energía y talento con una espontaneidad tan prodigiosa como si el resultado de la gran lucha entre los dos mundos dependiera de cada una de las cuestiones políticas.

En esto está la fuerza de Jaurès, pero también su debilidad fatal. Su política no es proporcionada, a menudo sólo ve árboles y no el bosque.

“Hay en los asuntos humanos [dice el Bruto de Shakespeare] una marea creciente; que si uno la ase al pasar, conduce a la fortuna; que si uno la pierde, todo el viaje de la vida se agota en las profundidades y en la angustia”.

Por su naturaleza, y por el alcance de su carácter, Jaurès, nació para la época del gran diluvio. Pero estaba destinado a desarrollar su talento en un período de profunda reacción europea. No es su culpa, es su desgracia. Esta desgracia, a su vez, lo llevó a su culpa. Entre todos sus talentos, Jaurès no tiene uno: la capacidad de esperar. No esperar pasivamente, en el mar del tiempo, sino reunir fuerzas y preparar el cordaje con la certeza de predecir una futura tormenta. Inmediatamente quiere intercambiar la pieza sonora de éxito práctico por grandes tradiciones y ocasiones especiales. Desde allí cae a menudo en contradicciones insolubles en los bajos fondos y en los desastres de la Tercera República.

Sólo un ciego contaría a Jaurès entre los doctrinarios del compromiso político. Sólo posee su talento, su pasión y su habilidad para llegar hasta el final, pero no lo ha convertido en un catecismo. Pero ocasionalmente, Jaurès sería entonces el primero en desplegar la vela mayor y navegar desde las costas arenosas hasta alta mar...

Edicions internacionals Sedov



germinal_1917@yahoo.es